

LAS DROGAS COMO INSTRUMENTO

MARCELO GRIGORAVICIUS

A los fines del presente trabajo se reflexiona acerca de la función o el lugar que ocupan los tóxicos, las drogas o las sustancias psicoactivas, según diferentes denominaciones, en la economía psíquica del sujeto, realizando para ello un breve recorrido -que no tiene pretensiones de exhaustivo- por los clásicos del psicoanálisis y la relación de la problemática del consumo con la época actual.

Entre los trabajos de los autores clásicos del psicoanálisis, se encuentran las ideas de Sigmund Freud quien, en las escasas oportunidades en su extensa obra que analiza la función que cumplen las sustancias psicoactivas para la economía psíquica, las llamó sin más "quitapenas". Es decir le otorga a las drogas un claro lugar instrumental: las considera una defensa tendente a la evitación del displacer, del sufrimiento subjetivo. El estado de intoxicación se transforma de esta manera en una especie de barrera frente a la invasión del dolor psíquico. Por supuesto, se trata de una defensa fallida.

La idea de las adicciones como un intento de cancelación tóxica del padecimiento subjetivo, recorre la obra freudiana desde sus pioneros estudios sobre la cocaína de 1887, hasta textos muy posteriores como "El Malestar en la Cultura" (Freud, 1887, 1915, 1930); en uno de dichos pasajes señala: "El valioso servicio que el alcohol rinde al hombre es el de transformar su estado de ánimo" (Freud, 1905, p. 45). Es decir, transforma el dolor, aunque sea por un tiempo determinado...

Cabe aclarar que el término dolor tiene en Freud numerosas acepciones, pero cuando nos referimos a la cancelación del dolor mediante el tóxico, se trata de sufrimiento mental, de dolor psíquico. Nótese que decimos “mediante” el tóxico, “a través” del tóxico, donde el lenguaje ya señala la función instrumental que le cabe a las drogas en la economía psíquica.

Asimismo Freud plantea la adicción en analogía con la masturbación infantil como una “protomanía”, una especie de consuelo; el adicto -dice Freud- así como el masturbador recurre a la sustancia cada vez que se topa con alguna imposibilidad. Aquí, el término “protomanía” remite rápidamente a una de las posibles salidas de la depresión, de la melancolía, es decir, el polo maníaco. Esta misma idea es retomada años después en “Duelo y Melancolía” (1915) donde realiza una analogía entre la manía y la intoxicación alcohólica, en donde puede vislumbrarse de qué tipo de dolor se intenta defender el sujeto, del dolor de la pérdida.

Otra referencia en Freud sobre la función pragmática de las drogas es la de ser un mediador entre el sujeto y el objeto, función que suele ser ocupada por la fantasía. Cuando la fantasía no cumple con dicha función se recurre al tóxico para alcanzar dicho acercamiento; el tóxico viene a cumplir con la función de soldadura que permite un acercamiento posible al objeto. Sin embargo, hay que estar advertido que el encuentro nunca se produce completamente, que se trata de un fantasma; el hecho que el consumo de drogas sea recurrente deja entrever que el esperado encuentro es siempre fallido.

Anna Freud, dedicada al análisis de niños, sigue de alguna manera las ideas de su padre, encuentra un paralelismo, aunque con diferencias

metapsicológicas, entre la fijación de los adultos adictos al alcohol u otras drogas y la afición de los niños a los dulces. Resulta interesante que les otorga la misma función instrumental a los dulces en los niños que a las drogas en los adultos: ser un antídoto contra la frustración, la privación y los estados depresivos. Como puede observarse, volvemos a encontrar aquí, a los tóxicos como un “consuelo” para el malestar subjetivo (Freud, A., 1965).

Si bien Melanie Klein no trata específicamente el problema del consumo de drogas, ella plantea en sus teorías de las posiciones a las defensas maníacas como mecanismos tendentes a la evitación de la angustia de pérdida que representa la ansiedad depresiva (Klein, 1940). En este contexto bien puede pensarse desde su esquema referencial que el consumo de drogas se erige como una defensa maníaca frente a la imposibilidad de tramitar el dolor de la ansiedad depresiva por otros medios. En esta misma dirección, H. Sachs sostiene que el consumo de drogas es un “consuelo ante la pérdida” cuyo objetivo es la renegación (citado por López, 2007).

Continuando con el recorrido por la literatura clásica del psicoanálisis, nos encontramos con otros autores de la talla de Karl Abraham, Sandor Ferenczi, Edward Glover, quienes en líneas generales, señalan una función del tóxico casi contrapuesta a la indicada por Freud. Según dichos autores, los tóxicos no son utilizados a los fines de conformar una barrera o defensa contra el dolor; muy por el contrario, plantean que el fin del consumo es barrer con las resistencias, cancelar las barreras a la pulsión. No obstante puede observarse, que también para ellos, aunque desde una perspectiva diferente, las drogas adquieren un carácter pragmático, funcional.

En esta dirección podemos ver en los desarrollos abrahamianos que la función que le supone al tóxico es la de suprimir las represiones con la consecuente liberación de las pulsiones parciales; es decir, aparece el tóxico como una vía que hace posible aquello que la represión impedía. Resulta un instrumento eficaz para la liberación de lo pulsional mediante la disolución momentánea de las represiones. De esta manera describe Abraham, pueden liberarse tendencias homosexuales, masoquistas, sádicas y la abolición de lo que Freud denomina diques morales (vergüenza, asco, piedad, entre otros).

Esta posición se acerca a las posturas médicas que enumeran y describen los efectos farmacológicos del alcohol: depresor de las áreas corticales del cerebro, fomenta la desinhibición y libera el control de los impulsos. Al decir de H. López las ideas de Abraham giran en torno a la idea que el tóxico implica “la abolición de la unión entre deseo y ley” (López, 2007, p. 79) siendo las drogas el camino químico privilegiado para tal ruptura.

En los trabajos de S. Ferenczi, pueden encontrarse similares teorizaciones, por ejemplo plantea que el alcohol es un facilitador para la emergencia de la homosexualidad reprimida. Nuevamente encontramos aquí que el tóxico es utilizado con el fin de atravesar las defensas; el alcohol aparece como una manera de dar vía libre a los deseos pulsionales que exigen satisfacción. Uno de los fragmentos de la obra de Ferenczi retomado por López resulta ilustrativo de esta tesis “(...) la bebida es una tentativa inconsciente de auto-curación mediante el veneno (...) otros neuróticos (...) emplean este producto como medicamento, conscientemente y con éxito. Un agorafobo refractario a cualquier medicina sacaba de un solo sorbo de cognac el coraje necesario para atravesar el puente del

Danubio (...)” (citado por López, 2007, p. 85). Aquí se evidencia el uso instrumental del alcohol, que permite aquello que sobrio no podría realizarse, se lo consume como quien toma una aspirina para aliviar un dolor de cabeza.

Glover en su trabajo “Sobre la etiología del alcoholismo” plantea que la función del alcohol es transformarse en una vía que posibilita el escape del conflicto entre la realidad y el empuje pulsional. Sin embargo se diferencia de los autores anteriores ya que la huida realizada mediante la intoxicación favorece la actividad fantasmática, debido a que el efecto tóxico se materializa en una fantasía de satisfacción, y no en la satisfacción de la pulsión en sí misma. Glover afirma que “el alcoholismo es una tentativa de curar las anomalías del psiquismo temprano” (citado por López, 2007, p. 97); asimismo destaca la utilidad de las adicciones como defensa contra los ataques sádicos y señala la utilidad para la economía psíquica al instituirse como una defensa ante una reacción de tipo psicótico. De esta manera asemeja las adicciones a un intento de curación.

En cuanto a los postulados de Otto Fenichel, puede decirse que las drogas son pensadas teniendo un lugar específico, particular para cada sujeto; y enfatizando la función instrumental de la droga dice Fenichel: “la inyección hipodérmica no es usada tanto con el propósito de encontrar placer, cuanto como un intento inadecuado de protección contra una tensión insoportable, que tiene relación con el hambre y el sentimiento de culpa” (citado por López, 2007, p. 105-106).

Desde otra perspectiva pero en cierta consonancia, las adicciones son pensadas por Donald Meltzer, desde la Teoría de las Relaciones Objetales, no como meras conductas manifiestas, sino como el resultado del funcionamiento de

estados sexuales de la mente, sobre todo de lo que denomina la sexualidad infantil perversa, que se caracteriza por la abolición de la ansiedad depresiva. Para el autor, las conductas adictivas son una especie de refugio ante el sufrimiento depresivo, tratándose de una defensa maníaca, obviamente fallida, ante una vivencia de terror. Constituyen una evidencia de la incapacidad subjetiva de soportar el sufrimiento (Meltzer, 1968).

En esta misma línea David Liberman autor considerado un clásico del psicoanálisis argentino, retomando las conceptualizaciones de Fenichel y Klein, considera el consumo de sustancias como característico de las personalidades de acción, cuya finalidad última se revela como una defensa contra la ansiedad depresiva y el sentimiento de soledad. Según el autor, estos cuadros suelen asociarse a un contexto familiar caracterizado por la inestabilidad, situaciones de pérdida y falta de afecto (Liberman, 1960, 1962). El mecanismo operante se recorta como una defensa maníaca frente a la imposibilidad de tramitar el dolor depresivo por otras vías.

Estas referencias dan cuenta de la importancia de la asociación entre las conductas adictivas de cualquier índole y los sentimientos depresivos, de pérdida, de duelo, campo que merecería una indagación más detallada. Nótese que ciertas denominaciones de los trastornos relacionados con sustancias, como el de "toxicomanía", aunque imperfecto en muchos sentidos, devela la cualidad maníaca de la problemática. Como dice H. López, la función del tóxico es de consuelo, de compensación, provocando una satisfacción parcial, sustituta; allí donde, por estructura, falta. Esta falta de satisfacción estructural, debe ser reemplazada por satisfacciones sustitutas, entre las cuales se encuentra el consumo de drogas. El

hecho de asociar el consumo de drogas a la “manía” o a la “protomanía”, hace pensar en el consumo de drogas como una defensa contra el dolor provocado por una pérdida. Pero ¿de qué pérdida se trata?, no se trata de cualquier pérdida o cualquier duelo, no se trata de algo que se pierde en la realidad material; realmente de lo que se trata es de la pérdida fundante, de la pérdida de objeto estructural para todo sujeto hablante. No obstante, no todo sujeto “elige” el consumo de drogas como manera de vérselas con dicha pérdida, con dicha falta, y es allí donde entra en juego la singularidad.

Sin olvidar que la singularidad debe ser un brújula para el trabajo y pensamiento analítico, al considerar la problemática del consumo de sustancias, no puede quedar ajeno del análisis el papel que juega la cultura y la sociedad actual, sobre todo en la actitud ante el dolor. Algunos autores sostienen que la sociedad occidental actual emprende una búsqueda desenfrenada de bienestar, erigiendo una ideología del no-dolor (Sissa, 1998). Una sociedad con estas características se plantea como objetivo primordial liberarse de todo malestar, de toda incomodidad, de todo lo que preocupa, de todo lo que duele; tiende a negociar con la incompletud y el sufrimiento. Podríamos decir que una sociedad que entrona a la manía como ideal, con el ilusorio propósito de eliminar el sufrimiento, sirve de marco y aún facilita, la emergencia de sintomatología relacionada con la impulsión y el acto.

Las sustancias psicoactivas constituyen desde esta perspectiva una “tentación”, ya que representan la “felicidad portátil llevada en el bolsillo, (...) alegría líquida, paz comestible” (Sissa, 1998, p. 15). Esta ideología se observa cristalizada en diferentes mensajes sociales, como puede verse por ejemplo, en

una publicidad de aspirinas cuyo *slogan* es: “*el dolor para, vos no!*”, en el cual se vislumbra el mandato de acallar el dolor, para continuar con la producción. Mandato que una sociedad capitalista no puede menos que solventar y potenciar, elevándolo al estatuto de un bien social. En esta misma línea se observa el auge de las bebidas energizantes, el aumento considerable del consumo y publicidad de analgésicos, como asimismo el aumento preocupante del consumo de psicofármacos en particular ansiolíticos y antidepresivos.

Estas observaciones no sólo evidencian la ideología imperante, sino que además construyen significaciones; constituyen mensajes implícitos a través del cual se erige al consumo de sustancias, de píldoras, de medicamentos, como una respuesta eficaz ante el dolor. No puede dejar de evocarse la novela de Aldoux Huxley que lleva como título justamente “Un mundo feliz”, en donde parodia irónicamente a nuestras sociedades, y en la cual puede verse a los habitantes de ese mundo no tan feliz consumir “soma” ante cualquier atisbo de emocionalidad displacentera. Escrita en los años '30, impresiona la agudeza en la percepción de la subjetividad humana llevada al ridículo.

Desde una perspectiva histórica, Philippe Ariès analiza las actitudes hacia la muerte en diferentes periodos históricos, llegando a similares conclusiones. Sostiene que las sociedades occidentales se encuentran atravesadas por una motivación profunda de anular el dolor, observa que se trata de evitar por todos los medios los sentimientos dolorosos y el malestar, en pro de una vida pretendidamente feliz; señala: “la tristeza y el duelo fueron desterrados” (Ariès, 2000, p. 85). Según sus reflexiones esta particularidad social y cultural tiene serias implicancias en la elaboración de las situaciones de pérdida; sostiene que el tabú

que se cernía en la época victoriana sobre la sexualidad, hoy recae sobre la muerte. En consecuencia señala un desplazamiento del predominio de los sufrimientos psíquicos: el lugar que ocupaba en la época victoriana las neurosis, particularmente la histeria, por su relación con la sexualidad, hoy es ocupado por los trastornos del estado de ánimo, especialmente los cuadros depresivos, que constituyen actualmente una preocupación central en el campo de la salud mental a nivel mundial. No es casual entonces el auge de los psicofármacos, que se constituyen como herramienta “eficaz” para enfrentar dichos malestares, como asimismo la generalización del consumo de sustancias en la población.

Como puede vislumbrarse en este breve recorrido por autores del psicoanálisis, los tóxicos ocupan un lugar de instrumento. Para algunos autores son herramientas cuya función es cancelar el dolor, transformarse en una barrera contra el goce; en cambio para otros, los tóxicos cumplen la función de levantar las inhibiciones, los diques, las represiones. Lo que interesa subrayar en este trabajo es el carácter instrumental y pragmático del uso de sustancias, que también es encontrado en los argumentos explícitos de los usuarios: drogarse para cometer un delito, para entablar relaciones con el otro sexo, para animarse a realizar cosas que sobrio no podrían realizarse, para evitar la fatiga, para trabajar más, para ser divertido, sociable y locuaz... Se trata de un objeto para ser usado con un sentido pragmático, con un objetivo, con un fin determinado; se trata de un modelo de consumo de drogas que Alain Ehrenberg analoga a la automedicación y al doping (Ehrenberg, 1991), ya sea que potencie la percepción, aumenten las *performances* de cada uno, anestesien la angustia o favorezcan el intercambio social, se trata de un uso pragmático y particular para

cada sujeto, ya que no existen dos sujetos que busquen lo mismo al consumir la misma droga.

Según este planteo no habría diferencias sustanciales entre el heroinómano, el deportista que busca el éxito, o el ama de casa cuya vida rutinaria se le vuelve intolerable. Esta semejanza estructural del consumo de drogas, se muestra claramente en el film *Réquiem para un sueño*, al comparar las trayectorias paralelas entre un joven heroinómano y su madre ama de casa consumidora de psicofármacos. Se observa que en todos los casos, se trata de la búsqueda de un placer negativo, de sobrellevar gracias a una ortopedia química el malestar subjetivo, "el dolor de existir" como diría Freud.

En suma, no se trata del objeto, sino del sujeto en cuestión, el consumo de sustancias es un medio para lograr un fin y no un fin en sí mismo. El consumo de drogas adquiere significaciones múltiples y diversas según el sujeto que se trate, y de allí entonces la pertinencia del psicoanálisis para su abordaje.

Referencias

- Ariès, P. (2000). *Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta la actualidad*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Ehrenberg, A. (dir.) (1991). *Individuos bajo influencia. Drogas, alcoholes, medicamentos psicotrópicos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, A. (1965) *Normalidad y patología en la niñez*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1980). Sobre la cocaína. En *Escritos sobre la cocaína* (pp. 121-135). Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1887).
- Freud, S. (1905). El chiste y su relación con lo inconciente (J. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. 8, pp. 7-72). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Duelo y Melancolía (J. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura (J. Etcheverry, Trad.). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein., M. (1940) El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos. En *Obras completas. T. I*, Buenos Aires: Paidós.
- Liberman, D. (1960). Psicoanálisis del alcoholismo y de las adicciones a las drogas. *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, 8, 68-75.
- Liberman, D. (1962). La persona de acción. Impulsiones neuróticas. En *La comunicación en terapéutica psicoanalítica* (pp. 156-165). Buenos Aires: EUDEBA.

López, H. (2007). *Las adicciones. Sus fundamentos clínicos*. Buenos Aires: Lazos.

Meltzer, D. (1968). *Estados sexuales de la mente*. Buenos Aires: Kargieman.

Sissa, G. (1998). *El Placer y el Mal. Filosofía de la droga*. Buenos Aires: Manantial.